



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# INVITACIÓN AL BAILE ROSAMOND LEHMANN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

# Índice

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *Invitation to the Waltz*



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

© The Estate of Rosamond Lehmann, 1932

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-15217-89-3

DEPÓSITO LEGAL: M-5998-2015

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Mira Nameth / [peppercookies.com](http://peppercookies.com)

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

PRIMERA PARTE	7
SEGUNDA PARTE	109
TERCERA PARTE	141

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRIMERA PARTE

El pueblo, encajado en la hondonada que se extiende a los pies de la casa, es peculiar, luce poco; posee más ambiente que forma, que perfil: un puñado de siluetas de ladrillo rojo claro se amontona sobre unos jardincillos abarrotados de girasoles, campánulas y minutisas.

Hay un surtidor en la plaza, también un gran mojón de granito, de apariencia histórica y origen envuelto en leyendas. Algunos lo atribuyen a los druidas. Otros aseguran que el rey Carlos I se sentó en él.

Aunque la localidad de Little Compton data de antiguo, la casa cuadrada de piedra es reciente. Fue levantada en el mismo periodo que las fábricas de papel de Tulverton, a mediados del siglo XIX, y concebida fundamentalmente como cobijo para la vejez y hogar de la numerosa descendencia del señor James Curtis, fundador de la primera fábrica. Tulverton queda a tres millas de distancia. El señor Charles Curtis, en su papel de primogénito, había completado el trayecto de ida y vuelta a lomos de una yegua gris, día tras día, a lo largo de toda su dilatada vida en activo; en los últimos tiempos, ataviado con levita gris lavanda y chistera, flamante alcalde de Tulverton, había recorrido a diario el camino a la oficina en el digno interior de una berlina.

El hijo de éste, Charles James, había cubierto esa misma distancia en bicicleta, en consonancia con los tiempos. Quizá James Charles, único hijo varón de Charles James, irá a trabajar en automóvil. Los tiempos cambian.

Corre el año 1920, y James, fruto último de un matrimonio tardío, cuenta apenas siete años. Víctima de agotamiento a causa de la guerra, su padre se ha retirado a los sesenta, tocado de salud; por vez primera se abre una grieta en la línea directa de sucesión. Ni la familia política ni los parientes lejanos, ni otras personas ajenas a la familia toman en testigo. Por lo demás, ¿quién sabe qué será de los niños cuando se hagan mayores, qué harán o dejarán de hacer? ¿Qué ocurre con la descendencia de los grandes victorianos? ¿Dónde están los muchachos? El molde es el mismo, pero se ha agrietado: es extraño su sabor, está disuelto, atenuado. Acaso el James más joven nunca tenga un coche ni se desplace a Tulverton.

Un seto de laurel alto y bien podado aísla la sólida casa de la calle. Al pasar por el portón se divisan, en ángulo obtuso y entre las ramas de una floreciente velintonia, fragmentos de un tejado de pizarra, amplios ventanales, una galería acristalada con vidrios coloreados. E, inmediatamente, se desencadena la fantasía. El observador imagina cuartos atestados de rotundos aparadores, consolas, mesas; fotografías en marcos de plata desperdigadas por doquier; paredes empapeladas con motivos de flores, coronas, pajarillos, nudos y lazos; vestíbulo y pasillos color verde aceituna o marrón oscuro; repisas de chimenea insulsas, frías, abultadas como arroz con leche; las acuarelas firmadas por

tías y tías abuelas decorando las paredes; butacas de cuero ajado arrimadas a un fuego de carbón; uno percibe el olor del popurrí y la lavanda en cuencos de porcelana, saborea el rosbif y la tarta de manzana de los domingos, los *scones* calientes para el té sobre el enorme mantel blanco del comedor, bajo la inflexible mirada de la potente luz cenital... Pero hay algo más que atiza la curiosidad, que obliga a detenerse. ¿Qué es esa corriente, esa penetrante invocación que se formula tras los discretos y pulcros matorrales? Todo es sobrio, anodino, convencional, incluso un poquito petulante. Se trata de una residencia de preguerra con un diseño atractivo, con su salón, las consabidas estancias, unos hermosos suelos de madera, un huerto bien surtido. Y, sin embargo, produce una fascinación, unas sensaciones inconfundibles. Algo pasa ahí dentro. *La tetera ha roto a hervir, el mantel está puesto; las ventanas, abiertas de par en par. ¡Entre, entre! Aquí habita el misterio doméstico. ¡Venga a descubrirlo! Cada una de las habitaciones, activas, fecundas, lo destila. Late el pulso... ¡Venga a sentirlo!...*

Sí, no nos cabe duda. Estos muros encierran todo un mundo. La continuidad teje aquí su red cuarto tras cuarto, año tras año. En esta casa se está a salvo. Aquí se forja algo vigoroso, concentrado, resistente, sereno; con sus propias leyes y costumbres; algo alarmante, opresivo, en absoluto de fiar; perverso, incluso. Aquí se cría una curiosa planta con raíces fuertes e intrincadas: un espécimen único. En pocas palabras, aquí vive una familia.

Es imposible resistirse. Ahí, sobre el portón, el nombre de la finca: LA CABAÑA. El caminillo naranja de grava

describe una leve pendiente y rodea una parcela circular de hierba hasta desembocar en la entrada principal. Y ahí, plantado en medio del cuidado césped, se alza el pino piñonero. Más allá, a ambos lados de la entrada, están las fucsias cuyos brotes reventara James, y sus hermanas antes que él. Y allí, a un lado de la casa, enmarcando perfectamente la ventana del comedor, se encuentra ese arbusto exuberante, erizado, leñoso y de hojas puntiagudas con nutridos racimos de frutos anaranjados. Y allí, dentro ya del porche acristalado, están el suelo de losas rosas y azules, y el par de hortensias en sus barreños, y el paraguero.

La puerta interior está cerrada. Estamos en invierno. Son las nueve menos cuarto de la mañana.

Kate abrió de par en par la puerta del cuarto de Olivia y echó una adusta ojeada al interior, disgustada de antemano y esperando ver lo que efectivamente vio. Ante ella se manifestaba el acostumbrado y suntuoso bulto de mantas; el acostumbrado remolino oscuro sobre la almohada marcaba la posición aproximada del rostro invisible de su hermana. Kate se detuvo un instante; pero, como era habitual, aquel bulto, aquella mancha, permaneció inmóvil.

En voz alta anunció:

—¡Las nueve menos cuarto!

Agitación renuente, lento desplome y estiramiento del fardo. Entonces Kate añadió, con desgana:

—Bueno... Muchas felicidades.

Olivia replicó al instante:

—Gracias.

Se le quebró la voz. Guardó silencio, sumergiéndose a tientas entre espesas oleadas de torpor y cayendo de repente en la cuenta de que su cumpleaños la esperaba al fondo del abismo: un caparazón cerrado y tentador que aguardaba a ser recogido y abierto. Despegó un ojo y miró a su hermana.

—Te espera una modesta muestra de cariño con el desayuno.

—¡Vaya, gracias!

Pero, una vez cumplido su deber, Kate recuperó al punto su arisca severidad.

—Eso si consigues levantarte y enterarte de algo. En serio, creía que jamás te despertarías tú sola. Venga, ahora no te duermas otra vez. Acuérdate de lo que dijo mamá ayer.

—¿El qué?

—Que va a tener que empezar a despertarte ella.

Olivia ahogó una risa ronca.

—Qué apropiado, para un día como hoy...

—¿Qué crees, que no lo hará?

—¿No tengo derecho a media horita de gracia el día de mi cumpleaños?

Kate caviló, y le pareció de justicia ceder en esto.

—Vamos, arriba.

Y desapareció con un deliberado portazo para acabar de desvelarla.

Cinco minutos más, pensó Olivia, cerrando los ojos. No para dormirse otra vez, sino para regresar al estado en que se encontraba e ir paso a paso: desprenderse despacio del sueño, ascender serena de sus apetecibles y pegadizas márgenes. ¡Ah, sueño celestial! ¿Por qué habían de arrancárselo así, sin preámbulos, contra su voluntad? ¡Otra vez la había pillado Kate in fraganti! «No estás poniendo de tu parte, podrías despertarte solita si quisieras»: ésa era la actitud de los demás. De ahí que, con frecuencia, una

estrenase el día con una condena por inferioridad, por un natural indolente y voluptuoso con serias carencias de fuerza de voluntad. Cuando esté casada, me quedaré en la cama el tiempo que me apetezca. Muchas chicas se casan a mi edad. Diecisiete años, hoy.

Al pensar en su propio cumpleaños se sintió de pronto despabilada. ¿Sería posible que algún día dejase de experimentar esa pequeña emoción que traía aparejado el mes de diciembre? ¿Llegaría a decir lo mismo que había dicho su madre cuando James le regaló la maceta de azalea: «Ay, cariño mío, yo pensaba que había dejado de celebrar mis cumpleaños...»? (Y James había llorado).

Oh, el desayuno sería espantoso: recibir felicitaciones de toda la familia, desenvolver paquetes, repetir «gracias» con un entusiasmo tímido y forzado... Aquélla era la clase de acontecimiento que, en otros tiempos, había provocado que Mademoiselle alzara los ojos y las manos al cielo y exclamase: *Ah, quel pays! Quels sans-coeurs!* Las fechas señaladas se celebraban con austeridad: se regalaban pañuelos, guantes, flores; el árbol de Navidad se decoraba, el huevo de Pascua se esmaltaba, pero el espíritu no era en absoluto el que debiera ser, sostenía la institutriz; y, conforme el día de fiesta iba tocando a su fin, la mujer lloraba por sus padres, tías y tíos, hermanos y hermanas, sobrinas y sobrinos; y ora abrazaba, ora desairaba a sus desconcertadas pupilas, hasta que finalmente se embozaba en una bufanda morada. Desde entonces, aquel color tan crudo y llamativo simbolizaría para siempre la añoranza, y el punto calado y visceral, el vivo retrato de una *migraine*.